

como cosa secundaria y casi frívola los placeres de la existencia y las realidades del mundo; en inculcar ideas en vez de hechos, y en resolver todos los problemas de la vida con el sentimiento y no con la razón.

El modo educativo sajón consiste precisamente en lo contrario. Consiste en enseñar á la juventud las realidades del mundo en que ha de vivir, mostrándole las cosas antes que las ideas, los hechos antes que las cavilaciones de la teología y de la filosofía; en vigorizar el cuerpo para robustecer el espíritu, adaptándolos estrechamente á las severas condiciones del ambiente físico y moral; formando de este modo hombres capaces de luchar victoriosamente con los pueblos caducos en el palenque de la ciencia, de la

industria, del comercio y de la conquista militar, y procediendo siempre como si la tierra fuera el único paraíso prometido á la humanidad, y como si ni la Providencia ni el Estado hubieran de velar por nuestra salud y felicidad.

¿Cuál es el mejor de los citados métodos? La respuesta no es dudosa. Los educados por el sistema sajón avanzan por todas partes, ocupan y conquistan el planeta, convierten en esclavas á las demas razas, cuando no la extinguen y aniquilan; los educados con el método latino ven sus filas aclararse de día en día, sus territorios pillados y arrebatados, y columbran un porvenir triste y sombrío.

DR. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

PÁGINAS LITERARIAS

Del natural

Bajo la paz de cristal que deja caer la tarde, descansa la abuela en el umbral de la puerta. Al ver su dulce figura que reposa bajo esta tranquilidad hialina, pienso en la amable imagen de la vieja Santa Ana que ha años nos sonrío cubierta por el gran fanal que hay sobre la cómoda en el dormitorio de mi madre.

La calle pedregosa se aleja como un río de silencio, entre sus dos hileras de vetustos caserones.

La abuelita quita las semillas á blancas motas de algodón. Ella contempla con sonrisa plácida, el copo blanco que tiene entre sus manos. La sonrisa es en su rostro pálido y arrugado, un rayo de sol que brilla sobre una flor marchita. Sus manos semejan un pebetero de viejo marfil en donde el copo albo es una nubecilla de humo que se escapa.

Los nietos llegan bulliciosos: sus boquitas son cascabelillos rosados dentro de los que retoza la risa. La ro-

dean y la adornan; son junto á la anciana como esas alegres rositas silvestres que florecen entre una ruina.

Es á fines de mayo, en la época en que florecen los nardos rosados. El humilde huerto está lleno de ellos; son turíbulos de sonrosada porcelana que la brisa agita para llenar el ambiente con su aroma penetrante. En la vieja tapia han florecido las orquídeas amarillas: hay grandes ramos de flores pequeñas. Cuando el viento los agita, dijéranse enjambres de doradas abejas que vuelan sobre la vieja tapia.

La brisa cargada con el aroma de los nardos, de las mosquetas, de las orquídeas besa los rostros de la vieja y de los nietos.

—Mañana es la procesión de «El Dulce Nombre», abuela, dice uno de los nietos.

—Ya lo sabíamos, explican en coro los otros.

—¿Por qué los nardos y las *parási-*